

MONTIEL BALLESTEROS, — que ha llegado a ser uno de los cuentistas uruguayos de primera fila, empezó, — como Horacio Quiroga, el mayor de los actuales cuentistas platenses — siendo poeta. Aclaremos; en el fondo, Montiel Ballesteros, como Quiroga mismo, nunca ha dejado de ser poeta, en cierto modo; lo que ha hecho es cambiar el verso por la prosa y lo lírico por lo narrativo, forma y género éstos que no son óbice a la manifestación de la sensibilidad y la imaginación propias de un temperamento poético.

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

Acertada mutación de forma y género, por lo demás, ya que el verso no era para Montiel, el instrumento más apropiado a sus cualidades. Entre 1912 y 1917 publicó tres pequeñas colecciones de poemas: “Primaveras del Jardín”, “Emoción” y “Savia”; no se acusa en ellos una personalidad literaria; pertenecen al incierto crepúsculo del modernismo; el tercero, mejor que los anteriores, marca ya una orientación hacia el realismo estético, que el autor cultivaría luego, con mayor éxito, en sus narraciones.

En 1919, se fué a Italia con un cargo de Cónsul. Allá escribió su primer libro de cuentos: “Cuentos Uruguayos” (1920), en los que ya apuntan los vigorosos brotes que en producciones posteriores han ido adquiriendo plenitud lozana. El ambiente de sugestión erudita y esteticista de Florencia, no embargó al joven escritor americano. Su sentimiento nativo experimentó un fenómeno inverso; en su país había sido un cultivador apasionado del cosmopolitismo poético, a la manera de sus maestros modernistas, de Darío principalmente; Grecia y París, — lo antiguo y lo moderno — polarizaban su idealidad. Y allá, en la *Galería degli Ufficci*, frente a los mármoles ilustres del Renacimiento, se sintió íntimamente *criollo*; la nostalgia de sus fragantes campos salteños, por donde había corrido siendo muchacho, le rebozó el corazón; caminando entre las antiguas piedras y los bronces gloriosos, sintió gusto de pitanga y camoatí en la boca; tras los lienzos famosos de los museos, avistó, en íntimo espejismo, los verdes trebolares de las cuchillas lejanas, por donde galopaban los horizontes, el monte tupido en que durmió la siesta sen-

ALBERTO ZUM FELDE

sual de Enero, la rueda del mate y de los cuentos en torno al fogón campesino, las calles solitarias del pueblo, tras cuyas tapias se escondían sus malicias precoces; y al contemplar el caballo monumental del *Colleone*, en Venecia, se acordó con ternura del pingo coscojero en el que compadreaba los domingos, al pasar frente al grupo de muchachas... Notable caso psicológico: Europa le hizo encontrar dentro de sí al paisanito que había sido, que era, y así dió en escribir cuentos nativos, algunos de ellos recuerdos de relatos oídos de los gauchos, en la cocina. Había encontrado su camino y su personalidad.

“Cuentos Uruguayos”, “Alma Nuestra” (1922), “La Raza” (1925), “Rostros Pálidos” (1923), “Luz Mala” (1927), “Fábulas y cuentos populares” (1926) “Montevideo y su Cerro” (1928), comprenden su producción en el género narrativo, hasta la fecha. Toda esta producción es de asunto y carácter americano, excepto “Rostros Pálidos”, en que quizo pagar su tributo de escritor al viejo mundo; mas, en esos mismos relatos, empezando por el título, puso una visión y un sentido americanos; es el hombre de estas ásperas tierras nuevas, frente a la refinada madurez de los pueblos ya antiguos.

Distinguen la producción de carácter nativo de Montiel Ballesteros, dos cualidades muy espontáneas de su temperamento: un fuerte realismo sensual y una sana ironía, ambos de genuina cepa criolla; pues conviene advertir que esta ironía suya, que es la sal de sus cuentos, poco parentesco tiene con aquella amarga y refinada del escepticismo dandy de un Wilde, por ejemplo; tiene el sabor

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

de la vieja socarronería gaucha, la sana malicia popular.

Los relatos de Montiel están impregnados de crudas sensaciones de color, de olor, de gusto; su sensibilidad es más corporal que anímica. En pocas páginas de la literatura nacional se encuentra la sensación de vida física, casi "animal" que traspasa su cuento "La Maestra", v. g., En mayor o menor grado, sensación semejante se percibe en casi todos sus relatos; ello, unido a la crudeza sensual de muchos de sus temas, y de su mismo lenguaje general, desnudo, desenfadado, que constituye característica de su modalidad, diferencia esencialmente el realismo cálido de su procedimiento, de aquel realismo un poco duro y escueto de la escuela naturalista que cultivara Javier de Viana, y que da, a los mejores cuentos de aquel autor ilustre, una objetividad intelectual. En Montiel hay como un gozo sensual de la materia que trata, una especie de delectación erótica de la vida; vale decir, una cualidad subjetiva, suya, dándole determinado módulo a la realidad. La socarronería burlesca que está, asimismo, en casi todos sus relatos, participa del picaresco buen humor de la salud. Por ambos aspectos, los cuentos de Montiel, en mayoría, sin dejar de ser muy criollos, tienen algo de la rancia novela picaresca española. Cierto que se hallan también en ellos tintas sombrías y dramáticas, tal como la vida las presenta; pero predominan las otras; y en todo caso, es en las otras donde la maestría pictórica del autor se acusa más singularmente.

En "La Raza", ha ensayado Montiel el género grande de la novela, con ciertas trascendentes vistas

ALBERTO ZUM FELDE

a representar la evolución social y moral de nuestro pueblo, la transformación de las viejas virtudes y de los viejos hábitos gauchescos, en su paso a las nuevas generaciones, el conflicto entre el tradicionalismo de los padres y la voluntad renovadora de los hijos. La idea es grande, pero la realización artística quizás no esté plenamente lograda. El autor parece moverse con más seguridad y acierto en el marco breve del cuento que en el más extenso y complejo de la novela. En esta, los caracteres humanos no aparecen tan netamente verdaderos y vigorosamente trazados como en aquellos; el conjunto se resiente de cierta flojedad. La intención conceptiva de la obra, lo que pudiérase llamar su tesis, — o, por lo menos, la ideología del autor — pesan demasiado sobre la realidad viva, dándole a toda la acción un cariz intelectual tendencioso. Tales defectos no impiden, desde luego, que esa novela contenga muchos rasgos y pasajes de buena ley.

En “Castigo ’e dios” el autor ha vuelto a intentar el género novelesco, con mayor acierto. La aparición de la nueva novela, de carácter campero, hallándose ya en prensa esta Historia, nos impide un comentario más preciso. Nos limitamos a indicar que ella está de acuerdo con los conceptos generales de esta semblanza.

En “Montevideo y su Cerro”, ha querido Montiel hacer un alarde de la amplitud y multiplicidad de sus facultades de cuentista, escribiendo una serie de cuadros urbanos, dentro de ciertas modalidades estéticas de “vanguardia”. Algo de simultaneísmo futurista hay en esos cuadros de ciudad, por cierto muy felizmente realizados; pero lo que

PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY

más les valoriza es el humorismo puesto en juego en sus páginas.

La obra más original y de más altos valores estéticos, realizada por Montiel hasta la fecha, es probablemente "Fábulas y Cuentos Populares", en la que se opera la feliz conjunción de sus virtudes de cuentista y de poeta. La observación sagaz de la realidad y el conocimiento íntimo de nuestro campo, la pintura de luminoso colorido y la ironía sabrosa, se adunan aquí con las sugerencias de la imaginación creadora, y con el amor profundo y delicado hacia los seres y las cosas, amor que es compenetración intuitiva de poeta con la vida. Ingenio, gracia, emotividad, sentido: las mejores virtudes literarias valorizan esas Fábulas, — verdaderos poemas en prosa — en que el autor va creando la mitología rústica de nuestra naturaleza y nuestra vida campera, esa mitología primitiva que siempre tuvo un origen anónimo popular, pero que, en este caso, aparece por el esfuerzo interpretativo personal de un poeta.

¿Puede la creación personal del artista sustituir a la tradición poética popular, *folklórica*? Falta, en gran parte, nuestra tradición popular, de esa riqueza de mito y de leyenda, que tienen otros pueblos, el poeta no puede recogerla del seno anónimo, para estilizarla en el arte: debe crearla él mismo para dársela al pueblo. Por lo demás, no es esta una operación muy distinta a la que siempre, en realidad, ha ocurrido. Toda leyenda y todo mito han sido siempre creados por un poeta: sólo que en los orígenes de los pueblos, estos poetas — aedas, bardos, trovadores, — eran anónimos, como lo fueron nuestros payadores rioplatenses de hace

ALBERTO ZUM FELDE

un siglo. Ahora, la creación del poeta lleva su firma, y tiene un carácter más literario. Pero nada impide que, si verdaderamente tienen un sentido y una gracia puros, lleguen a adquirir vida popular. Y tal puede ocurrir con muchas de estas Fábulas de Montiel, que armonizan lo pintoresco con lo simbólico, y encierran un doble sentido: estético y moral.

*

* *